

de las mas abyectas decadencias, y ufano de pisar un empedrado cubierto con el lodo de siglos que fueron.

## VI

En vano busqué el reposo en mi lecho, pues la agitacion febril en que me hallaba, alejaba el sueño de mis párpados; y no pudiendo dormir, quise ocupar al menos agradablemente mi desvelo, evocando todos los recuerdos de hombres eminentes en literatura ó en política que habia encontrado, entrevisto, conocido ó estimado personalmente durante los treinta ó treinta y cinco años mas agitados de mi vida. Esta revista nunca la habia efectuado holgadamente y con propósito deliberado, porque jamas habia sentido en mí la necesidad de agrupar en mi memoria, bajo la forma de haz, esos talentos y caracteres mas que suficientes para desmentir ese supuesto empobrecimiento de la naturaleza en Francia. Acordarse así, es volver á vivir, y la memoria es la ubicuidad del alma. En efecto, durante las cortas horas nocturnas en que evocaba mi fantasía esos nombres luminosos con todas las circunstancias que señalaban su encuentro, aparicion, ó intimidad en mi vida pasada, podia decir que vivia dos veces. Jamas insomnio de jóven adolescente, esmaltado de peregrinas visiones, valió tan deliciosa velada, ni consiguió igualar esas horas ful-

gurosas consagradas á resucitar á los difuntos por el poder divino de la imaginacion que posee la vida y la vuelve á los que en la tumba yacen. Parecíame que vagaba en un cielo centellante de recuerdos, al través de una verdadera Via Láctea, compuesta de nombres hechiceros y afamados que habian dejado un surco luminoso en mi memoria durante mi efímero paso en este planeta; nombres pertenecientes en otro tiempo á criaturas vivientes que habian sido mis contemporáneos, mis compatriotas, mis amigos, mis émulos, mis rivales y aun hasta mis enemigos. Y digo hasta mis enemigos, pues á cierta distancia de tiempo y á cierta altura del alma, la imparcialidad todo lo reconcilia. Las enemistades se reducen á choques de intereses contrarios, y la atraccion sucede á la repulsion cuando cesan las causas que motivaron toda desavenencia hóstil. La soledad y completo aislamiento en que me hallaba, producian en mi sér el efecto de esa distancia, de esa elevacion sobre el tiempo que comunica una imparcialidad casi divina al corazon de los hombres solitarios.

## VII

Entre los nombres que se presentaban á mi memoria, habia algunos que hacian latir mi pecho con un entusiasmo atractivo, y otros por los cuales no pude menos de abrigar en otro tiempo y aun de

abrigar actualmente una fría indiferencia ó una aversión instintiva; y aun confesaré ingenuamente que en el número se hallaban algunos que me habían vilipendiado gratuitamente, y á los cuales había vuelto con creces sus ultrages. Pero por ninguno abrigaba el menor sintoma de rencor, y puedo asegurar con todas veras que si fuese posible torcer mi corazón como una esponja, no saldría la menor gota de hiel contra ningún hombre vivo. No diré otro tanto para con los difuntos; pero la ojeriza contra los que reposan en la huesa fría, no recae en el ente humano si procede del aborrecimiento instintivo de la verdad contra la mentira, de la justicia contra la iniquidad, de la libertad contra la tiranía; en una palabra, odio semejante no es efecto de la pasión, sino de la justicia.

Prescindiendo de tantos nombres egregios que han inmortalizado nuestra época, hablaré aquí tan solo de esas celebridades selectas que he conocido personalmente y que me han parecido marcados con el sello de alta inteligencia, de grandeza de carácter ó de superioridad de genio. La vida es un gentío fascinado, un tropel confuso que atravesamos con rapidez, comunicando tan solo con las pocas personas que el movimiento oscilatorio de la muchedumbre arroja cerca de nosotros y lindan nuestro sendero. En ese bosque movedizo de cabezas, hay tal vez millares de criaturas superiores á cuanto hemos encontrado; pero su existencia nos es desconocida, y, sin título alguno para nombrarlas, pode-

mos decir de esas olas humanas lo que el poeta inglés Grey de los desconocidos difuntos enterrados en un cementerio de aldea: « Aquí duermen tal vez héroes, poetas, varones sublimes é ignorados que nunca llegaron á conocer su propio genio y jamás llegará á apreciar el mundo, etc., etc. » Pero Dios solo los conoce.

## VIII

Dotado desde mi nacimiento de una atracción misteriosa por todas las facultades superiores del alma y de la inteligencia, y por consiguiente de un gran gusto literario, apenas entré al colegio, la literatura formó parte integrante de mis amistades; y cuando llegué á entrever el mundo, mi mirada buscó desde luego instintivamente lo que en mi concepto constituye el alma de la humanidad, esto es, los hombres eminentes por sus obras ó á lo menos por su gusto en literatura. Apenas llegué á salir de la cuna, y, por decirlo así, con la leche aun en los labios, una circunstancia accidental pareció predestinarme á este trato de predilección con los grandes ingenios de mi siglo. Mi padre y mi madre me han contado á menudo este acaso singular de mi infancia para que no se haya borrado de mi memoria y no lo incluya entre los acontecimientos mas prósperos de mi vida.

Como generalmente consta á las personas versadas en historia y las bellas letras, el famoso filósofo inglés Gibbon, autor del monumento histórico por excelencia de que puede engreirse la Inglaterra y tal vez la moderna Europa, se habia retirado y recogido durante diez años en Lausana para pensar y madurar la produccion que meditaba, con todo desahogo y al abrigo de toda distraccion. Todo el mundo conoce el famoso epílogo, el *Nunc dimittis* del historiador, que acaba su obra dando gracias á la Providencia por haber sostenido su genio hasta la última página; escrito gigantesco que recuerda el *Exegi monumentum* de Horacio, y puede compararse al himno del artífice intelectual que descansa en voluptuoso reposo al caer el día, aguardando de las manos del tiempo el sueldo de la gloria.

## IX

Mi padre y mi madre se habian establecido durante algunos meses en Lausana, en el segundo año de su matrimonio, y habitaban una de esas lindísimas casas de la Suiza que descenden de piso en piso desde la colina de Montbazon hasta la orilla del lago. El historiador inglés era vecino nuestro, en términos que el huerto de su casa y de la nuestra se hallaban separados tan solo por un seto de jazmines. Mi madre que empezaba á destetarme, me en-

señaba á andar en las calles arenosas del vergel, y Gibbon que escribía ó leía bajo una empalizada de carpinos situada en la extremidad de su propio jardín, escuchaba y miraba los juegos de una joven francesa y de su hijo, hasta que por último, asomando la cabeza por encima del seto, creyó reconocer á mi madre á quien habia visto antes de su matrimonio en Saint-Cloud, y en casa de mi abuela durante su residencia en Paris. Al momento lo reconoció tambien mi madre, pues la fealdad prodigiosa y honradez proverbial que respiraba la fisonomía del historiador inglés, dejaba un surco indeleble en la memoria. Desde aquel día ambas casas no constituyeron mas que una durante todo el verano, resultando una sola familia compuesta de mis padres, Gibbon y de algunos amigos de la vecindad.

Deseoso tal vez de lisonjear á la linda madre en la persona de su hijo, ú obedeciendo tal vez á un gusto natural de los hombres de estudio y soledad por la infancia, pasaba horas enteras jugando conmigo; y sus rodillas, como decia mi madre, habian llegado á ser mi segunda cuna. La llegada del invierno dispersó tan amistosa reunion: Gibbon tomó el camino de Inglaterra y mis padres el de Francia. Aun me acuerdo haber visto llorar al anciano al entregarme en brazos de mi madre, á quien habló del modo mas venturoso pronosticando mi suerte futura que solo podian revelar mis sonrisas. Por mi parte no tengo la menor fé en los presagios, pero no puedo menos de creer que esa amable paternidad

del filósofo vertió una benéfica influencia en mi vida entera, y tal vez á la bendicion del autor de la *Decadencia del imperio romano*, debo mi predileccion apasionada por la historia, único poema verdaderamente épico en la edad de la razon.

## X

Apénas habia regresado del colegio á la casa paterna, cuando ya cultivaba con tres condiscípulos míos y los mas versados en materias literarias, las afecciones de corazon y vínculos de inteligencia que habiamos recíprocamente cimentado durante nuestros años de estudios.

Mis tres compañeros, igualmente acreedores á mi deferencia y amistad, eran tres jóvenes adolescentes de la raza mas delicada y dotados de la mayor elevacion de alma; naturalezas predilectas, que la suerte puede cubrir de gloria ó dejar sumidas en la oscuridad mas profunda, pero que nunca conseguirá nivelar con la vulgaridad universal de la humana grey.

El primero era Aymon de Virieu, hijo único del conde de Virieu, célebre orador de la Asamblea constituyente y muerto gloriosamente en la última salida del sitio de Lyon al frente de un escuadron de caballería, dejando á una viuda que se retiró con los restos de su fortuna á una aldea del Delfinado.

El segundo era Luis de Vignet, sobrino por su madre del célebre conde de Maistre, de quien tendré ocasion de hablar á menudo. Vivía en Chambéry, la ciudad mas pintoresca de los Alpes, cuyas sombras, torrentes, lagos y plantíos de nogales, recuerdan las poblaciones y valles de la Arcadia; Chambéry menos respetable á nuestros ojos por su título importante de antigua capital de la Savoya, que por el reducido albergue de las Charmettes, tebaida amorosa de la juventud de J.-J. Rousseau.

Luis de Vignet habia recibido de la naturaleza una alma de Werther que se devoraba á sí misma, una imaginacion ardiente y fatigada antes de haber producido, un sentimiento de repulsion procedente de la exquisita exigencia de su gusto, un talento poético y un estilo de escritor que hubieran dejado en zaga á mas de un poeta afamado y á mas de un prosista vigoroso, si una melancolía ceñuda, uraña y calenturienta no hubiese marchitado y agriado el fruto de su genio antes de llegar á su entera madurez. Su exterior era hermoso, pero tétrico, angustiado, prostrado como su alma, si bien el conjunto de su persona respiraba la pasion. Alto, seco, enjuto, pálido, ahuecado de megillas, con los labios apretados, acento febril, un fuego encubierto y algo oblicuo en la mirada, buscando por do quier la soledad, abandonándola deseoso de huirse á sí mismo, y desdenoso mas adelante del mundo apenas lo habia entrevisto: tal era Luis de Vignet, á quien no podiamos menos de considerar como superior á nosotros

por la inteligencia como lo era por la edad; y seguramente no nos engañábamos. De todos mis compañeros era á quien profesaba mas afecto, si bien notaba cierta amargura en sus afecciones y cierta penumbra en su alma, pues efectivamente era un hombre nocturno, si es lícito expresarse así, mientras que nosotros, hijos de la luz, odiábamos las tinieblas y buscábamos instintivamente las miradas del sol.

El tercero se llamaba Próspero de Bienassis, hijo de una viuda que sin mas posteridad que este niño, vivia retirada en un castillo del Delfinado lindando con frondosas espesuras, y limítrofe á la reducida poblacion de Cremieux. Próspero poseia una imaginacion inquieta y fermentante, eternamente mecida por sueños de ventura, juntamente con un corazon ardiente, consumido por la amistad y un amor precoz; corazon destinado á dejar, despues de destellos tantos é incendio tan mugidor, algunas pálidas llamas y humeantes cenizas. No obstante de todos nosotros, fué y aun actualmente es el mas dichoso; pues le cupo la menor parte de celebridad.

A este inapreciable amigo dirigí, hace muchos años, estos versos que respiran el pesar, profundo si bien tardío, de haber buscado la felicidad en el vano deleite de la fama estrepitosa.

« ¡O campos de Bienassis! Aun divisa mi ardiente fantasía la casa, los amenos jardines, las risueñas praderas, las parras agoviadas bajo el peso

de los maduros racimos, los olmos cuyos nudosos brazos se extendian sobre el umbral y cuyo movido follage anidaba el alado coro de gorriones; los vergeles cuyo monotonó verde estival amarilleaba pálido á los otoñales rayos, cuyas arenosas veredas desaparecian á nuestra vista tapizadas por las numerosas hojas que precipitaba el llanto matutino. Aun evoca mi memoria embelesada los lejanos paseos en los lozanos paisajes, la verde sombra que nos preservaba de los ardores del sol, el suave reposo á la orilla del arroyo, las halagüeñas visiones que nos mecian, los presentimientos divinos, las confidencias íntimas, la lectura, la meditacion, las sabrosas pláticas, el dulce silencio, la mesa cargada de los opíparos dones del otoño, do, sazonados por una primorosa madre, veianse los frutos del jardín juntamente con la miel y la leche, manjares campestres cuya profusion despertaba y saciaba nuestro apetito juvenil. Aun refleja mi imaginacion acalorada el retrete silencioso en que los estantes de madera que apollara el tiempo y doblaba el peso de los volúmenes, nos ofrecian esos tesoros de la humana sabiduría que ebrios devoraba nuestra deslumbrada vista. De tomo en tomo nos guiaba á la ventura la lámpara que ardía hasta la mañana, figurándose nuestra inexperiencia que contenia el libro lo que el autor ignoraba, y que la verdad, misterioso tesoro, puede ser hallada fuera del cielo.

« ¡O escenas de nuestra infancia que durante quince años mecieron ilusiva mi fantasía, impresio-

nes que tan profundas huellas dejaron en mi corazón, oh lugares, oh nombres, oh habitación risueña, oh amables habitantes, aun me es dado contemplaros después de tanto tiempo, aun me es dado evocar las amenas escenas tan presentes al ojo como las riberas cuya imagen refleja la onda fugitiva, tan frescas y amenas como si jamás hubiesen alterado sus colores las abundantes lágrimas de mis ojos! Vuestros risueños cuadros son para mi alma abrasada de amor lo que para el navegante cuyo bajel azota la tormenta, los dorados sueños que á lo lejos le muestran la anhelada ribera testigo de su dicha, la undulante llanura de rubias espigas que su mano sembrara y el humo que corona el paternal albergue!

« Pero tú nunca abandonastes ese puerto feliz que abrigara tu dicha; y ese sol matutino cuyos rayos hacen latir el corazón gozoso, cada día te encuentra en la misma colina. Jamás la amarga despedida entristeció el umbral de tu casa; jamás tus ojos mudaron de horizonte; jamás, sin cubrir á su dueño con su movediza sombra, enverdeció lozano el árbol que tu abuelo plantara, el árbol que te viera nacer; jamás el caminante al ver desde el camino cerrada tu puerta á los rayos de la aurora, medrada alta la yerba ó mas áspero el camino, llegó á preguntar, sorprendido de tal soledad, en que extrangeras márgenes, en que mansion lejana impelió tus días el viento de la inconstancia; jamás viera tu vergel un brazo mercenario coger los frutos que injertara tu mano tutelar, ni cesara de murmurar como hués-

ped fiel contigo á tu albergue el manso arroyuelo.

Así llegarás á envejecer, y tus días, plácidos é iguales, contarán tan solo por los soles suaves, sin que los recuerdos de tu dichosa historia dejen otro surco en tu memoria que el círculo desigual de las diversas estaciones, de las primaveras mas tardías, de las mas ricas cosechas, de los pámpanos mas ó menos agoviados por el peso de las uvas, de las colmenas mas ó menos pingües, del manantial de tu jardín mas ó menos fecundo. Tales serán tus recuerdos sin haber disipado un número reducido de días en el polvo, en el ruido, en la sombra de las ciudades, ni haber sombrado de distancia en distancia la esperanza falaz á todos los vientos del cielo.

« ¡ Ah! da gracias á tu suerte que te deparó esa onda lenta y suave que en silencio te impeló al término do nos encaminamos todos, y regocíjate de que te cupo en dote un destino que, circunscrito en su corriente, reposa en su limitado cauce cercano al manantial que le dió origen; ni llegues á envidiar á quienes un viento mas impetuoso hizo penetrar mas profundamente en la senda del mundo, ni aun á aquellos cuyo nombre coronara la fama, pues no hay alma que no consuma el fuego que de si misma brota. Nuestra vida se asemeja á un río cristalino que humilde fluye y sin nombre de la roca natal; mientras incauto duerme en el ensanchado cauce que le deparó natura, sin rumor ni murmullo como en cuna mullida, todas las flores campestres inundan y perfuman sus aguas que reflejan la plácida